

INVESTIGAR NO ES UNA RECETA. ENTREVISTA A MARÍA CARLOTA SEMPÉ¹

ANA CAROLINA ARIAS*

* Doctora en Ciencias Naturales (UNLP). Becaria posdoctoral UNLP, Archivo Histórico del Museo de La Plata, UNLP.

Correo electrónico: anacarolinaarias212@gmail.com

Hace unos años, me invitaron a coordinar un panel llamado “Ser mujer y ser científica. Relatos desde la experiencia”, que organizó en abril del 2017 la Unidad de Vinculación Profesional de la Facultad de Ciencias Naturales y Museo², UNLP. En esa ocasión, se invitó a cuatro mujeres de diferentes disciplinas a contar sus vivencias en la academia bajo una perspectiva de género. Personalmente, la mayor riqueza de la invitación me la proveyó un encuentro previo con las participantes, en la sala de la entonces Directora del Museo de La Plata, Silvia Ametrano; allí conversamos respecto de los lineamientos del panel, tomamos el té y compartimos anécdotas. Yo, con más escucha que experiencias, tuve la suerte de vivir una versión de la charla totalmente distendida y con los atrevimientos de la intimidad. Escuché anécdotas fascinantes, que aportaron un matiz subjetivo y original a las reflexiones que me encontraba desarrollando para mi tesis doctoral, dedicada a analizar la participación de mujeres en la historia de la antropología argentina.

Los trabajos referidos a las relaciones entre ciencia y género parten de la aseveración de que la noción de género es una variable que ha sido ignorada en muchos estudios sobre los contextos sociales de la ciencia. El tema ha sido ampliamente estudiado y en los últimos 40 años se han incrementado y diversificado las investigaciones: existen algunas más vinculadas a las “epistemologías feministas”, otras dedicadas a la participación femenina en la historia de la ciencia y un conjunto de estudios de corte sociológico sobre la situación de la mujer en la Ciencia y en la Tecnología en el presente. También se ha trabajado sobre las dinámicas del trabajo femenino científico y las formas de colaboración que necesitaron las mujeres para acceder a la información y a los instrumentales específicos.

Sin duda, las mujeres han conquistado espacios y posiciones a lo largo de los años. Pero cabe aclarar que el sólo paso del tiempo o el aumento de las proporciones femeninas en la ciencia no son suficientes para alcanzar la igualdad de género. Frente a las diversas experiencias y situaciones, surgen algunos puntos clave. Primero, la necesidad de continuar investigando las relaciones de género en el ámbito de la ciencia, si bien estos estudios han aumentado en la última década, aún quedan muchos temas por profundizar.

En esta línea, sería también necesario que se fomente la generación

¹ Entrevista realizada el 10 de octubre de 2019.

² En adelante, FCNyM.

de estadísticas y datos desagregados que contemplen diversas identidades genéricas sobre la actividad científica local y nacional. Segundo, resulta fundamental que se sigan ampliando los espacios de diálogo y discusión en torno a estas temáticas, y que junto a las investigaciones se implementen acciones determinadas y políticas de ciencia y técnica que contemplen la desigualdad de condiciones entre los géneros.

Volviendo al tema de este artículo, una de las mujeres que participó de la mesa era Carlota Sempé. Sus historias me cautivaron y ese fue el motivo para buscarla, dos años después, y profundizar en sus experiencias y en su trayectoria académica. Si bien me interesaba su relato como mujer científica, también quería conocer su experiencia como estudiante de antropología de la FCNyM (Facultad de Ciencias Naturales y Museo), a la cual ingresó en 1961. Como han estudiado diferentes autores/as³, las primeras cátedras universitarias dedicadas a las ciencias antropológicas en la Argentina surgieron entre fines del siglo XIX y comienzos de siglo XX, para la formación humanística y también para los estudiantes de Ciencias Naturales. En el Museo de La Plata, en particular, se dictaron cursos y materias de antropología desde 1907, y partir del cambio de plan de estudios de 1940 se separaron las carreras, estableciéndose la especialidad en antropología en los últimos dos años de formación. Finalmente, en 1958 se creó un programa de Licenciatura en Antropología en el Museo de Ciencias Naturales de la Universidad Nacional de La Plata (Arias, 2019).



María Carlota Sempé es platense, en 1967 egresó de la Licenciatura en Antropología y en 1976 finalizó el Doctorado en Ciencias Naturales, con el trabajo de tesis titulado “Contribución a la arqueología del valle de Abaucán, Departamento de Tinogasta, provincia de Catamarca”. Se ha desempeñado en la docencia de diferentes niveles, ha recibido premios y distinciones, dictado cursos y dirigido y codirigido a numerosas personas. Trabaja en el Laboratorio de Análisis Cerámico, FCNyM, UNLP y es investigadora principal de CONICET. Una mañana primaveral de jueves, luego de algunos intercambios telefónicos, me dirigí al Anexo del Museo de Ciencias

Naturales que está sobre la calle 64 para encontrarme con Carlota. Ella me recibió con un té y una rosca que compró en el mercado de Tolosa, mientras me contó que varias personas la recuerdan por ser quien siempre llevaba algo de comer para compartir en las clases, o también por los chocolates y bombones que repartía cuando enseñaba en el subsuelo de Humanidades⁴: “si uno come, aprende mejor”. Así comenzó el diálogo.

³ Véase, entre otros: Buchbinder, Pablo. 1997. Historia de la Facultad de Filosofía y Letras. Buenos Aires: EUDEBA; Podgorny, Irina. 2005. “La derrota del genio. Cráneos y cerebros en la filogenia argentina”. En *Saber y Tiempo*. Separata 20, pp. 63-106; García, Susana V. 2010. Enseñanza científica y cultura académica. La universidad de La Plata y las Ciencias Naturales (1900-1930). Rosario: Prohistoria Ediciones.

⁴ Se refiere a la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata, en adelante “Humanidades”. Esta facultad hasta el año 2013 funcionaba en un edificio en 7 y 48, en el cual se dictaron algunas materias de la FCNyM, previo a la creación de sus actuales instalaciones en 1994.

Me gustaría preguntarte primero cómo fue que llegaste a estudiar antropología en el Museo de La Plata.

Mirá, fue un poco una elección y un poco una casualidad. La decisión de estudiar arqueología la había tomado hacía tiempo, porque desde chica había leído cosas de arqueología; y una casualidad porque me anoté acá en la UNLP y en Buenos Aires, en las dos... y cuando empecé a venir acá, Buenos Aires era lejos de La Plata, donde yo viví siempre. Y me podría haber asustado, porque mi primera clase fue química y yo había pateado el libro de química en el secundario, había tenido que tener profesora particular para poder aprobar la materia. ¡Y mi primer clase fue química! Por suerte me quedé acá, porque la visión que tenés acá no es la misma. Vos tenés que comprender el ambiente y el paisaje y dónde estás parado, para entender la sociedad humana. Yo creo que la formación naturalista que nosotros tenemos no la tienen ellos. Como me faltaba la parte de social⁵, cursé psicología social, sociología general y epistemología en Humanidades. Después también elegí de optativa geología que es la que terminé dando, pero al menos cursé las otras. Yo creo que uno podía asistir a todo lo que quisiera: también me anoté en paleontología de la carrera de Biología de Humanidades, como para completar la mirada. Porque lo que te daban no tenía una mirada más profunda... la carrera en sí te limita en el conocimiento, es bueno poder meterte en cada problemática en profundidad. Por eso también hice aerofotogeología, geomorfología, levantamiento geológico, entre otras.

¿Y cómo es que desde chica te habías interesado por la arqueología?

En mi familia siempre había libros, una biblioteca grande. Se discutía el tema de la evolución humana, teníamos esos libros de la colección Robin Hood, donde podías leer todo lo que era la evolución. Y siempre mi mamá tuvo cosas de arqueología. Yo creía que me iba a ir a Creta (a estudiar). Recién pude ir con Julieta mi hija el anteaño pasado, a mirar Knossos y esos lugares. Pero tenía todos los libros de Schlimmer y Flinders Petrie, todas esas cosas que parecían maravillosas. Eso me gustaba desde el vamos. También me gustaba mucho medicina, que casi me meto ahí, pero después me decidí por la antropología. Me interesaba toda la parte del desarrollo nervioso, cerebro, la evolución del sistema nervioso. Eso lo aprendí muy bien en paleontología con el Doctor Pascual⁶. Yo creo que ver toda la evolución de los distintos sistemas es bueno para la comprensión del hombre. En Buenos Aires te lo daban, a mi entender, todo muy mezclado con la parte cultural, pero son nombres, no son procesos... ¿te das cuenta?. Me acuerdo que para la Doctora Azcona⁷ hice un trabajo de paleoantropología que era la evolución del sistema nervioso. Yo elegí los társidos, aunque siempre todos elegían los hilobátidos. Siempre me gustó meterme a hurgar, para mí solo existen problemas que quiero resolver, dudas, preguntas, y eso es lo importante. Azcona era la única profesora mujer en aquella época.

5 Vale aclarar que en La Plata la Licenciatura en Antropología no se divide por orientaciones. En la década de 1960, José (Pepe) Cruz comenzó a dictar un seminario sobre antropología social, que en 1969 se conformó como materia.

6 Rosendo Pascual (1923-2012) se graduó en 1950 como geólogo y Doctor en Ciencias Naturales en el Museo de La Plata. Se dedicó a la paleontología, centrándose en el estudio de mamíferos fósiles, particularmente en los primitivos marsupiales de los comienzos de la Edad de Cenozoico.

7 Lilia Chávez de Azcona (1917-1986), egresó de la Facultad de Ciencias Naturales y Museo de La Plata en 1945, con orientación en Biología. Antes, en 1941, se había recibido de Profesora de Enseñanza Secundaria, Normal y Especial en Ciencias Biológicas en la misma universidad. Se desempeñó como ayudante alumna de la cátedra de Antropología en el Museo de La Plata entre 1938 y 1947 y entre 1948 y 1956 fue Jefa de Trabajos Prácticos en la misma cátedra, siendo también Ayudante de la Sección de Antropología. Se dedicó principalmente a temáticas vinculadas con el crecimiento y el desarrollo humano desde una perspectiva antropológica (Arias, 2019).

8 Armando Vivante (1910-1996) se doctoró en Filosofía y Letras en la Universidad de Buenos Aires. Entre los años 1947 y 1950 ocupó diferentes cargos en la Sección Antropología y en la Cátedra de Etnografía General de la Universidad Nacional de Tucumán. En su breve paso por la Universidad de Buenos Aires (1960-1962), se desempeñó como Profesor Asociado en la Cátedra de Folklore, trabajó en el Museo Bernardino Rivadavia y posteriormente en el Museo Etnográfico. En la Universidad del Litoral ocupó el cargo de Profesor Titular de las Cátedras de Etnografía Americana y Etnografía General. La mayor parte de su carrera la desarrolló en el Museo de La Plata, entre 1958 y 1983 (Crivos y Martínez, 1997).

9 Epítome de Culturología (1936) de José Imbelloni.

Además fuiste de las primeras camadas de la carrera de 1958.

Si, el plan es 1958, yo entré en el 1961, y cursé con el Truco y el padre Cellone que estaban cursando las últimas. No había sistema de previas, ni esas cosas, así que donde había clase nos metían a todos juntos. No había muchos estudiantes, en 1961 éramos 100 estudiantes para todas las carreras. Solo 5 chicas, todo el resto varones. Conmigo entraron en antropología dos más: Ploth y Raquel Safores, éramos las únicas. Y después cursaba con gente que estaba más adelantada que yo. Por ejemplo, en etnografía con Vivante⁸ lo teníamos a Pucciarelli de compañero, y nos pasábamos leyendo todo el año el Epítome de Culturología⁹. Vivante nos pedía que leyéramos de punto aparte a punto aparte y comentáramos; y discutíamos con Pucciarelli creacionismo si, creacionismo no, y todo el tema del evolucionismo o los ciclos culturales. Una discusión absurda. Era horrible, yo en casa tenía a Herskovits que nunca nos habían dado, tenía a Radcliffe Brown, por eso después la reacción fue meter antropología social, que la pusimos como materia final en una de las reformas. Ahí estaba Pepe Cruz, el primero que dió esa materia¹⁰. Se había recibido de historiador en Rosario, donde tuvo que hacer antropología aparte, como una dedicación especial. Yo cursé con él, pero cuando rendí la materia ya no estaba, y el día de mi examen apareció Margulis. Y se tuvo que sentar en la mesa, pero el que me tomó fue Vivante... para colmo. Y me dice “¿usted donde leyó sobre Lévi-Strauss?” Yo había leído un resumen que sacaba la Universidad de Córdoba. Y me dice, si, pero acá hay libros. Ni idea... él tenía un libro en ese momento que se había comprado, pero no circulaba entre los estudiantes. El libro de Eudeba de Lévi-Strauss salió mucho después. Además, ¿cómo hacías para estar al día? los estudiantes en esa época hacíamos lo que podíamos, lo que conseguíamos lo armábamos en el centro, en esa época teníamos eso que era como una pasta, no me acuerdo como se llamaba¹¹. Todos trabajamos para eso. Inclusive cuando nos recibimos, después, hicimos las primeras guías de antropología general con ese sistema.

¿Y cómo era eso de ser tan pocas mujeres en la carrera? ¿Sentían diferencias?

Si, en general si. ¿Sabés qué pasaba? en un concurso entre un hombre y una mujer, elegían al hombre, en igualdad de condiciones. Lo bueno de esa época es que nos sentábamos todos a estudiar juntos y que después saliera el mejor. Pero en igualdad de condiciones siempre salía el hombre. Siempre los profesores pensaron que si una se casaba dejaba. El doctor González me preguntó eso cuando me casé. Yo le dije que seguía... pero la duda la tenían. Ya me había recibido y era becaria. Estaba haciendo mi tesis.

¿Cómo llegaste a elegir el tema de tu tesis?

Porque la única arqueología interesante que podías hacer en esa época era en las culturas más complejas. Mi primer trabajo que presenté fue una ponencia, en la Convención de Córdoba que siguió en el Chaco¹², una guía descriptiva de puntas de proyectil. Sinceramente, en ese momento

¹⁰ Según señalan Bonnin y Soprano, en La Plata al igual que en Rosario y Córdoba, González estimuló el desarrollo de estudios en antropología social y cultural: “González y Cruz alentaron a los alumnos a estudiar la antropología cultural norteamericana y social británica y, más ampliamente, estimularon una actitud de apertura teórica y comprensión integral de la antropología, con lo cual se distanciaron tanto del empirismo positivista como de las concepciones del difusionismo alemán.” (Bonnin y Soprano, 2011: 55).

¹¹ Se refiere probablemente al hectógrafo.

¹² El trabajo fue realizado junto a A.R. González y H. D'Antoni, se tituló “Guía Descriptiva Para la Clasificación de Puntas de Proyectil” y fue publicado en las Actas de la Primera Convención Nacional de Antropología, (2a. Parte), Resistencia, Chaco (1965).

pensé que si eso era la arqueología no valía la pena. Muy árido... porque toda la parte de tecnología no te dice mucho. Es muy descriptiva, pero tiene sus limitaciones. Por ejemplo... la primera cátedra que tuve a mi cargo fue en una escuela superior de relaciones humanas de la Provincia de Buenos Aires, tenía que dar la parte de antropología social o cultural. Todos los problemas o planteos que te hacías ahí, no aparecían en la arqueología lítica. Y si no querés ser un opinólogo” de las estructuras sociales de los grupos cazadores recolectores... entonces me parecía espantoso y me volqué a la parte de arqueología del noroeste.

En ese momento tuve un cargo que me ofreció González y que se concursó en la División Arqueología del Museo. Entonces empecé a trabajar con las colecciones de Barreto¹³ del Hualfín. Ya como alumnos, una de las cosas que nos pedían era que dibujáramos las piezas, porque le interesaba a González. Ya empezábamos con el tema de la iconografía, la imagen: qué te dice, qué no te dice, los contextos... era una forma diferente de trabajar.

¿Además González tenía otra mirada de la arqueología, no?

Si. Yo lo tuve de profesor en arqueología americana 1, 2 y 3, y nada que ver con la forma en que se dictaban otras materias. Después trabajé más de 15 años con él. Siempre la discusión estaba en qué era lo que uno podía deducir de estos contextos arqueológicos¹⁴. La estructura social no, decía él. ¿Y yo qué terminé haciendo al final?... en los trabajos que hicimos con Marta Baldini, vimos cómo podés tener sectores sociales en los ordenamientos funerarios. Como para dar otro enfoque. Pero costó. Además, la antropología social tipo Durkheim, Parsons o ellos era muy dura. Vos no la podías trasvasar a la arqueología fácilmente. Por eso hablo siempre de sectores sociales, no de clases. En aquella época, cuando estudiaba, o al principio, en la década de los 70', todo era clases sociales, pero ¿cómo podías testimoniar en las sociedades pre-capitalistas cuáles eran las clases sociales?

Yo siempre me cuestioné la veracidad de lo que uno hace. Siempre fui muy dudosa de todo. El que me liberó realmente fue Bourdieu. Porque él había tenido los mismos problemas cuando fue a Argelia. El fue a trabajar con el modelo levistraussiano, que decía que el casamiento en la sociedad argelina siempre era con el hijo del hermano de la madre. Cuando Bourdieu va, encuentra que solo el 3% cumplía ese modelo y empezó a observar cómo era el sistema de parentesco. Lo mismo vió en su pueblo cuando estudiaba las reglas de casamiento en Francia. Observó un sistema de elecciones que se aproximan al ideal, un sistema de compensación. Así, deja de hablar de clases y empieza a hablar de sectores sociales. Eso me permitió a mí también dejar de pensar en clases y hablar de sectores. Yo había empezado a trabajar con el cementerio. Cuando vos ves el simbolismo volcado en el cementerio, ves los distintos sectores de una comunidad. Yo estaba trabajando las formas en que se repartían los íconos en la cultura Aguada en los distintos contextos funerarios, y observé cómo en el cementerio la masonería tenía ciertos íconos, los católicos tenían otros... y haciendo una especie de homologación (como tenía los datos históricos acá) me permitió decir que en Aguada había distintos sectores sociales, por el comportamiento del simbolismo.

13 Se refiere a la Colección Benjamín Muñiz Barreto, la cual debe su nombre al estanciero homónimo oriundo de la provincia de Buenos Aires, quien dedicó su vida y sus bienes a la recuperación de materiales arqueológicos. Esta colección está compuesta por alrededor de doce mil piezas. La porción mayor de la misma, es el resultado de las labores de investigación de campo, en particular de excavación de tumbas en sitios de ocupación indígena precolombina, realizadas entre los años 1919 y 1929 en el Noroeste argentino. Otra sección corresponde a piezas peruanas, las cuales fueron adquiridas por Barreto en el extranjero (Balesta y Zagorodny, 2000).

14 “En 1950, el Dr. Alberto Rex González, introdujo en la investigación arqueológica argentina el planteamiento de una problemática renovadora basada en la necesidad de establecer secuencias de desarrollo cronológico-cultural, sustentadas en fechados absolutos mediante el radiocarbono, técnica que utilizó por primera vez en el país, y en el establecimiento de los contextos como elemento fundamental de punto de partida para el establecimiento de unidades culturales concretas. Estos contextos también serían la base del análisis comparativo entre culturas de distintas áreas y regiones, cuyo objetivo es llegar a la comprensión de los procesos de dinámica cultural aborigen y en relación con el medio ambiente.” (Sempé, 1987)

16 La cátedra mencionada es una materia optativa en la FCNyM que se llama Arte y Antropología.

¿Llegaste al cementerio entonces buscando un punto de comparación con Aguada?

No, al cementerio llegué por un momento de crisis. En los años 2000/2001 ir a Catamarca significaba tener 10 mil pesos de aquella época, en cambio ir al cementerio salía \$1,90. Yo estaba en la cátedra de arte¹⁶, entonces empezamos a trabajar con un “modelito” de trabajo que se basaba en la moda y popularidad: se fijaba en las expresiones, las cruces, las fechas. Empezamos así, y enseguida vimos lo de la masonería.

¿Pensando en eso, cuando te recibiste de antropóloga, como eran las posibilidades laborales?

En ese momento, replacé a uno de los chicos que había pasado a ser ayudante diplomado, lo reemplacé en el 67' como alumna. En aquella época eran cargos rentados y con mi primer sueldo le compré a mi madre un juego completo de 24 platos de sopa, platos, hondos, tazas de té y café con sus respectivos platitos... En esa época el sueldo era de 8 mil pesos, andá a tratar de comprar todo eso ahora... era un dinero importante. Ese cargo lo tuve hasta un año después de recibirme. Después gané la beca de la Universidad, que en el año 1968 eran 50 mil pesos. Con eso me fui a Catamarca.

¿Por qué Catamarca?

Le pregunté a González, que se había ido a Estados Unidos, y me dijo: el Valle de Abaucán. Y hablé con Cigliano, que me hizo de tutor en ese momento, así que le dije que quería trabajar ahí. En esa época, yo quería trabajar patrones de asentamiento. Pero Cigliano me dijo “¿Usted cree que alguno de los que están trabajando en el campo la van a dejar que haga eso? Búsquese un valle”. Eso hacíamos todos. Elegir una región no muy conocida, armar todas las recolecciones, encontrar los sitios, armar una cronología y fijarse qué culturas había. En mi tesis reconstruí, hice 21 siglos de historia... lo que sí, dije: pre-cerámico no. Cazadores ni pienso.

¿Y cómo fueron esas primeras experiencias de campo?

Yo iba en carpa, campo traviesa, lejos de todas las ciudades. Iba con Mingo García, el técnico de la División. También en 1968 fui con mamá, entonces recorrí sitios arqueológicos, ella si podía meterse se metía en todo, incluso iba a las convenciones... porque era ceramista. Entonces todo lo que era sobre cerámica ella participaba. Y me dibujó casi todas las tumbas de Barreto, le gustaba mucho la antropología. Y en 1968 fui con ella, que tenía una compañera que se había casado con uno de los Grafigna, que tenía un campo en Catamarca. Ellos me brindaron cama, comida y una camioneta para recorrer. A algunos de los sitios también fuimos en tractor. Al año siguiente, que González nos llevó al Hualfín a excavar, en la Ciénaga y en sitios tempranos, excavamos en El Eje y en Puerto Corral Quemado, hicimos una campaña en la cual aprendí muchísimo. De ahí me fui con María Delia Arena, el hijo de González y con Mingo a excavar al Valle de Abaucán.

Todo llevó a que una estuviera ahí. Y cuando González se metió en otros lados, me dijo que con las becas hiciera Azampay y El Eje. Cuando entré en CONICET, conseguí unos tres o cuatro subsidios grandes para dibujar toda la colección de Barreto. Imaginate, si Azampay, con 45 habitaciones, me llevó 40 años de trabajo... Si vos te querés dedicar bien a algo, es irremediable, no podés estar picoteando por todos lados. En Abaucán estuve trabajando desde 1968 hasta 1976. Entré a CONICET en 1977, con lo de Belén que me dijo González y ahí me cambié de Valle. Lleva tiempo elaborar algo, tener algo para decir. No podés opinar con una cuadrícula de dos por dos.

¿Cómo hacías o hacés para conjugar las exigencias académicas con tu vida personal?

Y mi marido se acostumbró... él es catamarqueño, me conoció en la campaña del 1969. Me conoció así y me tuvo que aceptar así. Y a los chicos los puse siempre en guarderías y después en escuela con doble turno. En las campañas, venía mi suegra de Catamarca a cuidarlos a La Plata y yo me iba a Catamarca. O los llevaba y los dejaba con mi suegra. Mi marido me acompañó al Abaucán muchísimas veces. Los chicos se quedaban con mi suegra que los criaba fantástico. Cuando eran más grandes, iban conmigo a la campaña, porque siempre las hacía en el verano.

En muchas lecturas sobre el trabajo de campo, tanto en la antropología como en otras ciencias, encuentro que la familia participaba de distintas formas en las prácticas científicas.

Si, pensá en González. Él se iba con la mujer y con los hijos. Siempre ayudaban, y aprendían mucho de antropología, de hecho las dos hijas de González se dedicaron a la antropología. Si tenés familias de médicos, ¿por qué no de arqueólogos o antropólogos? Mi familia siempre ha sido de abogados, y fue difícil, esperaban que yo también hiciera la carrera de Derecho. Sin embargo me metí acá y siento que no tuve el apoyo exacto cuando me recibí, porque no eran del ambiente. En cambio había muchos que trabajaban con sus parientes, como Ringuelet. Yo siempre fui un poco oveja negra en mi familia.

¿Y hubo personas en la facultad que fueron para vos referencia?

Mis inspiradores fueron Pascual, que me dió una visión evolucionista muy especial, y González en la arqueología. Después autores que he leído, de los que un poco ya hablamos. No había mujeres en esas referencias. Yo siempre pensé más en las mentes, no tanto en femenino o masculino. Sé que en la pelea por los cargos si se hacen las diferencias, pero en las ideas, el cerebro es neutro.

Para ir cerrando, pensando en el presente: ¿qué le aconsejarías a alguien que está empezando la carrera de antropología?

Que lea mucho. Los profesores son muy limitantes. Es uno el que tiene que cultivarse. Hay que buscar referentes y formarse aunque sea externamente. Y después que piensen mucho qué quieren hacer. Qué es lo que te enseñan y cuáles son las posibilidades reales de investigación. A veces la gente entra con determinados grupos que les dicen “estudia estos huesitos que esto es bueno”, entonces te convertís en un huesólogo, sos parte de una investigación que nunca ves en su totalidad. Es como una fábrica, te toca martillar un clavo. ¿Qué perspectiva total tenés? Yo diría que uno tiene que buscar problemas que quiera resolver. De ahí, armarse. Tenés que tener problemas, y no ser sólo un técnico en algo. ¿Qué es lo que querés resolver? ¿Qué cosas te angustian? Porque vas a trabajar toda la vida en eso. Por otra parte, llega un momento en que hay cosas que te aburren. Mejor hacer algo redondo, aunque sea chico, después te dedicás a otras cosas. Si no, tenés complejo de culpa de lo que no terminaste. Si la investigación se va a convertir en una receta de torta, mejor te dedicás a cocinar en tu casa. Tenés que tener problemáticas.

Bibliografía

ARIAS, A. C. (2019) Coleccionistas y estudiosas: las mujeres en la producción del conocimiento cultural y antropológico de la Argentina (1920-1940). Tesis doctoral UNLP.

BALESTA, B. y ZAGORODNY, N. (2000) “Memorias e intimidades de una colección arqueológica”, Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología, n° XXV, pp. 41-50.

BONNIN, M. y SOPRANO, G. (2011) “Antropólogos y antropología entre las universidades nacionales de La Plata, Litoral y Córdoba. Circulación de personas, saberes y prácticas antropológicas en torno del liderazgo académico de Alberto Rex González (1949-1976)”, Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología, n° XXXVI, pp. 37-59.

CRIVOS, M. y MARTÍNEZ, M. R. (1997) “Dr. Armando Vivante (1910-1996). El Museo y su gente”, Revista del Museo, vol. 2 n° 9, pp. 63-64.

SEMPÉ DE GÓMEZ LLANES, M. C. (1987) “La colección Benjamín Muñíz Barreto del Museo de La Plata”, Novedades del Museo de La Plata, Vol. 1, n° 11, pp. 2-8.